
DEL MAESTRO
FR. LUIS DE LEON,
LA PERFECTA CASADA.

Á DOÑA MARÍA VARELA OSORIO.

INTRODUCCIÓN.

En que se habla de las leyes y condicionés del estado del matrimonio, y de la estrecha obligación que corre á la casada de emplearse en el cumplimiento de ellas.

Este nuevo estado en que Dios ha puesto á Vmd. sujetándola á las leyes del santo matrimonio, aunque es como camino real, más abierto y menos trabajoso que otros, pero no carece de sus dificultades y malos pasos: y es camino adonde se tropieza también, y se peligra, y yerra, y que tiene necesidad de guia como los demás. Porque el servir al marido, y el gobernar la familia, y la crianza de los hijos, y la cuenta que juntamente con esto se debe al temor de Dios, y á la guarda y limpieza de la conciencia, todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer que se casa, obras son que cada una por sí pide mucho cuidado; y que todas juntas sin particular favor del cielo, no se pueden cumplir. En lo cual se engañan muchas mujeres, que piensan que el casarse no es más que dejar la casa del padre y pasarse á la del marido, y salir de servidumbre y venir á libertad y regalo. Y piensan, que con parir un hijo de cuando en cuando, y con arrojarle luégo lejos de sí en brazos de un ama, son cabales y perfectas mujeres. Y dado que el buen juicio de Vmd., y la inclinación á toda virtud, de que Dios la dotó, me aseguran para no temer que será como alguna de estas que digo, todavía el entrañable amor que le tengo, y el deseo de su bien, que arde en mí,

me despiertan para que la provea de algún aviso, y para que le busque, y encienda alguna luz, que sin engaño ni error, alumbre y enderece sus pasos por todos los malos pasos de este camino, y por todas las vueltas y rodeos de él. Y como suelen los que han hecho alguna larga navegación, ó los que han peregrinado por lugares extraños, que á sus amigos, los que quieren emprender la misma navegación y camino, antes que lo comiencen, y antes que partan de sus casas, con diligencia y cuidado les dicen menudamente los lugares por donde han de pasar, y las cosas de que se han de guardar, y los aperciben de todo aquello que entienden les será necesario: así yo en esta jornada que tiene Vmd. comenzada le enseñaré, no lo que me enseñó á mí la experiencia pasada, porque es ajena de mi profesión, sino lo que he aprendido en las sagradas letras, que es enseñanza del Espíritu santo. En las cuales, como en una tienda común, y como en un mercado público y general, para el uso y provecho general de todos los hombres, pone la piedad y sabiduría divina copiosamente todo aquello que es necesario, y conviene á cada un estado: y señaladamente en este de las casadas se reeve, y desciende tanto á lo particular de él, que llega hasta, entrándose por sus casas, ponerles la aguja en la mano, y ceñirles la rueca, y menearles el huso entre los dedos. Porque á la verdad, aunque el estado del matrimonio, en grado y perfección, es menor que el de los continentes ó vírgenes, pero por la necesidad que hay de él en el mundo, para que se conserven los hombres, y para que salgan de ellos los que nacen para ser hijos de Dios y para honrar la tierra, y alegrar el cielo con gloria, fué siempre muy honrado y privilegiado por el Espíritu santo en las letras sagradas. Porque de ellas sabemos, que este estado es el primero y más antiguo de todos los estados: y sabemos, que es vivienda no inventada después que nuestra naturaleza se corrompió por el pecado, y fué condenada á la muerte, sino ordenada luégo en el principio cuando estaban los hombres enteros, y bienaventuradamente perfectos en el paraíso. Ellas mismas nos enseñan, que Dios por su persona concertó el primer casamiento que hubo, y que les juntó las manos á los dos primeros casados, y los bendijo, y fué juntamente, como si dijésemos, el casamentero, y el sacerdote. Allí vemos que

la primera verdad, que en ellas se escribe haber dicho Dios para nuestro enseñamiento, y la doctrina primera que salió de su boca, fué la aprobación de este ayuntamiento, diciendo (Genes., c. ii, v. 18): *No es bueno que el hombre esté solo.* Y no sólo en los libros del Viejo Testamento, adonde el ser estéril era maldición, sino también en los del Nuevo, en los cuales se aconseja y como pregonada generalmente, y como á son de trompeta la continencia y virginidad, al matrimonio le son hechos nuevos favores. Cristo nuestro bien, con ser la flor de la virginidad, y sumo amador de la virginidad y limpieza, es convidado á unas bodas, y se halla presente á ellas, y come en ellas, y las santifica no solamente con la majestad de su presencia, sino con uno de sus primeros y señalados milagros (Joan., c. ii). El mismo habiéndose enflaquecido la ley conyugal, y aflojándose en cierta manera el estrecho nudo del matrimonio, y habiendo dado entrada los hombres á muchas cosas ajenas de la limpieza, y firmeza, y unidad que se le debe; así que habiéndose hecho el tomar un hombre mujer, poco más que recibir una moza de servicio á soldada por el tiempo que bien le estuviese; el mismo Cristo entre las principales partes de su doctrina, y entre las cosas para cuyo remedio había sido enviado de su Padre, puso también el reparo de este vínculo santo; y así le restituyó en el antiguo y primero grado (Matth., c. xix). Y lo que sobre todo es, hizo del casamiento que tratan los hombres entre sí, significación y sacramento santísimo del lazo de amor con que Él se ayunta á las almas: y quiso que la ley matrimonial del hombre con la mujer fuese como retrato é imagen viva de la unidad dulcísima y estrechísima que hay entre Él y su Iglesia (Ad Eph., c. v, v. 32): y así ennobleció el matrimonio con riquísimos dones de su gracia, y de otros bienes del cielo. De arte que el estado de los casados es estado noble, y santo, y muy preciado de Dios: y ellos son avisados muy en particular, y muy por menudo de lo que les conviene en las sagradas letras por el Espíritu santo, el cual por su infinita bondad no se desdena de poner los ojos en nuestras bajezas, ni tiene por vil ó menuda ninguna cosa de las que á nuestro provecho hacen. Pues entre otros muchos lugares de los divinos libros, que tratan de esta razón, el lugar más propio, y adonde está

cómo recapitulado, ó todo, ó lo más que á este negocio en particular pertenece, es el último capítulo de los Proverbios, adonde Dios por boca de Salomón, rey y profeta suyo, y como debajo de la persona de una mujer, madre del mismo Salomón, cuyas palabras él pone y refiere con hermosas razones, pinta acabadamente una virtuosa casada, con todos sus colores y partes. Para que las que lo pretenden ser (y débenlo pretender todas las que se casan) se miren en ella como en un espejo clarísimo, y se avisen, mirándose allí, de aquello que les conviene, para hacer lo que deben. Y así conforme á lo que suelen hacer los que saben de pintura, y muestran algunas imágenes de excelente labor á los que no entienden tanto del arte, que les señalan los lejos, y lo que está pintado como cercano, y les declaran las luces, y las sombras, y la fuerza del escorzado, y con la destreza de las palabras hacen, que lo que en la tabla parecía estar muerto viva ya, y casi bulla, y se menee en los ojos de los que lo miran: ni más ni menos mi oficio en esto que escribo, será presentar á Vmd. esta imagen que he dicho, labrada por Dios, y ponérsela delante la vista, y señalarle con las palabras como con el dedo, cuanto en mí fuere, sus hermosas figuras con todas sus perfecciones, y hacerle que vea claro lo que con grandísimo artificio el saber y mano de Dios puso en ella encubierto.

Pero antes que venga á esto, que es declarar las leyes y condicionés que tiene sobre sí la casada, será bien que entienda Vmd. la estrecha obligación que tiene á emplearse en el cumplimiento de ellas, aplicándose toda á ellas con ardiente deseo. Porque como en cualquier otro negocio y oficio que se pretende, para salir bien con él son necesarias dos cosas, la una, el saber lo que es, y las condiciones que tiene, y aquello en que principalmente consiste; y la otra, el tenerle verdadera afición: así en esto que vamos tratando, primero que hablemos con el entendimiento, y le descubramos lo que este oficio es, con todas sus cualidades y partes, convendrá que inclinemos la voluntad á que ame el saberlas, y á que sabidas se quiera aplicar á ellas. En lo cual no pienso gastar muchas palabras, ni para con Vmd., que es de su natural inclinada á lo bueno, serán menester; porque al que teme á Dios, para que desee y procure satisfacer á su estado, bástale saber

que Dios se lo manda, y que lo propio y particular que pide á cada uno es, que responda á las obligaciones de su oficio, cumpliendo con la suerte que le ha cabido; y que si en esto falta, aunque en otras cosas se adelante y señale, le ofende. Porque como en la guerra el soldado que desampara su puesto no cumple con su capitán, aunque en otras cosas le sirva; y como en la comedia silban los miradores al que es malo en la persona que representa, aunque en la suya sea muy bueno: así los hombres que se descuidan de sus oficios, aunque en otras virtudes sean cuidadosos, no contentan á Dios. ¿Tendría Vmd. por su cocinero, y daríale su salario, al que no supiese salar una olla, y tocarse bien un discante? Pues así no quiere Dios en su casa al que no hace el oficio en que le pone. Dice Cristo en el Evangelio (Matth., c. xvi, v. 24) que cada uno tome su cruz: no dice que tome la ajena, sino manda que cada uno se cargue de la suya propia. No quiere que la religiosa se olvide de lo que debe al ser religiosa, y se cargue de los cuidados de la casada: ni le place que la casada se olvide del oficio de su casa y se torne monja. El casado agrada á Dios en ser buen casado, y en ser buen religioso el fraile, y el mercader en hacer debidamente su oficio; y aun el soldado sirve á Dios en mostrar en los tiempos debidos su esfuerzo, y en contentarse con su sueldo, como lo dice San Juan (Luc., c. iii, v. 14). Y la cruz que cada uno ha de llevar, y por donde ha de llegar á juntarse con Cristo, propiamente es la obligación y la carga que cada uno tiene, por razón del estado en que vive. Y quien cumple con ella, cumple con Dios, y sale con su intento, y queda honrado, é ilustre, y como por el trabajo de la cruz, alcanza el descanso que merece. Mas al revés, quien no cumple con esto, aunque trabaje mucho en cumplir con los oficios que él se toma por su voluntad, pierde el trabajo, y las gracias. Mas es la ceguedad de los hombres tan miserable, y tan grande, que con no haber duda en esta verdad, como si fuera al revés, y como si nos fuera vedado el satisfacer á nuestros oficios, y el ser aquellos mismos que profesamos ser, así tenemos enemistad con ellos, y huimos de ellos, y metemos todas las velas de nuestra industria y cuidado en hacer los ajenos. Porque verá Vmd. algunas personas de profesión religiosas, que como si fuesen casadas,

todo su cuidado es gobernar las casas de sus deudos, ó de otras personas que ellas por su voluntad han tomado á su cargo: y que si se recibe ó se despide el criado, ha de ser por su mano de ellas; y si se cuelga la casa en invierno, lo mandan ellas primero. Y por el contrario, en las casadas hay otras, que como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan de ellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario, y el calentar el suelo de la iglesia tarde y mañana; y piérdese entre tanto la moza, y cobra malos siniestros la hija, y la hacienda se hunde, y vuélvese demonio el marido. Y si el seguir lo que no son les costase menos trabajo que el cumplir con aquello que deben ser, tendrían estas algún color de disculpa: ó si habiéndose desvelado mucho en aquesto, que escogen por su querer, saliesen perfectamente con ello, era consuelo en alguna manera; pero es al revés, que ni el religioso, aunque aunque más se trabaje, gobernará como se debe la vida del hombre casado, ni jamás el casado llegará á aquello que es ser religioso. Porque así como la vida del monasterio, y las leyes, y observancias, y todo el trato y asiento de la vida monástica favorece y ayuda al vivir religioso, para cuyo fin todo ello se ordena; así al que siendo fraile, se olvida del fraile, y se ocupa en lo que es el casado, todo ello le es estorbo y embarazo muy grave. Y como sus intentos, y pensamientos, y el blanco adonde se enderezan, no es monasterio; así tropieza y ofendé en todo lo que es monasterio, en la portería, en el claustro, en el coro, y silencio, en la aspereza y humildad de la vida. Por lo cual le conviene, ó desistir de su porfía loca, ó romper por medio de un escuadrón de duras dificultades, y subir, como dicen, el agua por una torre. Por la misma manera el estilo de vivir de la mujer casada, como la convida y la alienta á que se ocupe en su casa, así por mil partes la retrae de lo que es ser monja ó religiosa. Y así los unos y los otros, por no querer hacer lo que propiamente les toca, y por quererse señalar en lo que no les atañe, faltan á lo que deben, y no alcanzan lo que pretenden, y trabájanse incomparablemente más de lo que fuera, si trabajaran en hacerse perfectos cada uno en su oficio, y queda su trabajo sin fruto y sin luz. Y como en la naturaleza los monstruos que nacen con partes y miembros de animales dife-

rentes, no se conservan ni viven; así esta monstruosidad de diferentes estados en un compuesto, el uno en la profesión, y el otro en las obras, los que la siguen, no se logran en sus intentos. Y como la naturaleza aborrece los monstruos, así Dios huye de estos y los abomina. Y por esto decía en la ley vieja (Levit., cap. xix, v. 19), que ni en el campo se pusiesen semillas diferentes, ni en la tela fuese la trama de uno y la estambre de otro, ni menos se le ofreciese en sacrificio el animal que hiciese vivienda en agua y en tierra. Pues asiente Vmd. en su corazón con entera firmeza, que el ser amigo de Dios es ser buena casada, y que el bien de su alma está en ser perfecta en su estado, y que el trabajar en ello, y el desvelarse, es ofrecer á Dios un sacrificio aceptísimo de sí misma. Y no digo yo, ni me pasa por pensamiento, que el casado ó alguno han de carecer de oración; sino digo la diferencia que ha de haber entre las buenas, religiosa, y casada. Porque en aquella el orar es todo su oficio: en ésta ha de ser medio el orar para que mejor cumpla su oficio. Aquella no quiso el marido, y negó el mundo, y despidióse de todos, para conversar siempre y desembarazadamente con Cristo; ésta ha de tratar con Cristo para alcanzar de Él gracia y favor con que acierte á criar el hijo, y á gobernar bien la casa, y á servir como es razón al marido. Aquella ha de vivir para orar continuamente; esta ha de orar para vivir como debe. Aquella aplace á Dios regalándose con Él, ésta le ha de servir trabajando en el gobierno de su casa por Él. Mas considere Vmd. cómo reluce aquí la grandeza de la divina bondad, que se tiene por servido de nosotros, con aquello mismo que es provecho nuestro. Porque á la verdad, cuando no hubiera otra cosa que inclinara á la casada á hacer el deber, sino es la paz y sosiego, y gran bien que en esta vida sacan, é interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba. Porque sabida cosa es, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama, y la familia anda en concierto, y aprenden virtud los hijos, y la paz reina, y la hacienda crece. Y como la luna llena en las noches serenas se goza, rodeada, y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella, y que la remiran, y reverencian: así la buena en su casa reina, y resplandece, y convierte á sí, juntamente

los ojos, y los corazones de todos. El descanso, y la seguridad la acompaña, adonde quiera que endereza sus pasos, y á cualquiera parte que mira, encuentra con el alegría y con el gozo. Porque si pone en el marido los ojos, descansa en su amor; si los vuelve á sus hijos, alégrase con su virtud; halla en los criados bueno y fiel servicio, y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre: como al contrario á la que es mala casera, todo se le convierte en amargura, como se puede ver por infinitos ejemplos.

Pero no quiero detenerme en cosa por nuestros pecados tan clara, ni quiero sacar á Vmd. de su mismo lugar. Vuélva los ojos por sus vecinos, y naturales, y revuelva en su memoria lo que de otras cosas ha oído. De cuántas mujeres sabe, que por no tener cuenta con su estado, y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpétua lid, y desgracia? Cuántas ha visto lastimadas, y afeadas con los desconciertos de sus hijos é hijas, con quien no quisieron tener cuenta? Cuántas laceran en extrema pobreza, porque no atendieron á la guarda de sus haciendas, ó por mejor decir, porque fueron la perdición, y la polilla de ellas? Ello es así, que no hay cosa más rica, ni más feliz que la buena mujer; ni peor, ni más desastrada que la casada que no lo es: y lo uno y lo otro nos enseña la Sagrada Escritura. De la buena dice así (Eccli. cap. xxvi, v. 1 y sig.) «El marido de la mujer buena es dichoso, y vivirá doblados días; y la mujer de valor pone en su marido descanso, y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y como premio de los que temen á Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras. El bien de la mujer diligente deleitará á su marido, y henchirá de grosura sus huesos. Don grande de Dios es el trato bueno suyo: bien sobre bien, y hermosura sobre hermosura es una mujer, que es santa y honesta. Como el sol que nace, parece en las alturas del cielo, así el rostro de la buena, adorna y hermosea su casa.» —Y de la mala dice por contraria manera (Eccli. cap. xxvi, v. 8. y sig.): «La celosa es dolor de corazón, y llanto continuo, y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones. Casa que se llueve es la mujer rencillosa, y lo que turba la vida es casarse con una áborrecible. La tristeza del corazón es la mayor herida, y la maldad de la mujer es todas las maldades.

Toda llaga, y no llaga de corazón: todo mal, y no mal de mujer. No hay cabeza peor que la cabeza de la culebra, ni ira que iguale á la de la mujer enojosa. Vivir con leones y con dragones es más pasadero, que hacer vida con la mujer que es malvada. Todo mal es pequeño en comparación de la mala: á los pecadores les caiga tal suerte. Cual es la subida arenosa para los piés ancianos, tal es para el modesto la mujer deslenguada. Quebranto de corazón, y llaga mortal es la mala mujer. Cortamiento de piernas, y decaimiento de manos es la mujer que no da placer á su marido. La mujer dió principio al pecado, y por su causa morimos todos: — y por esta forma otras muchas razones. Y acontece en esto una cosa maravillosa, que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor, y apetitosas de serpreciadas y honradas, como lo son todos los de ánimo flaco, y gustando de vencerse entre sí unas á otras, aun en cosas menudas y de niñería; no se precian, antes se descuidan y olvidan de lo que es su propia virtud y lo. Gusta una mujer de parecer más hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña, ó si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone á paciencia; y si en el ser mujer de su casa le hace ventaja, no se acuita, ni se duele; antes hace caso de honra sobre cualquier menudencia, y sólo aquesto no estima. Como sea así que el ser vencida en aquello ño le daña, y el no vencer en esto la destruye: con ser así que aquello no es su culpa, y aquesto destruye todo el bien suyo, y de su casa: y con ser así que el loor que por aquello se alcanza es ligero, y vano loor, y loor que ántes que nazca perece, y tal, que si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor; y por el contrario la alabanza que por esto se consigue, es alabanza maciza, y que tiene verdaderas raíces, y que florece por las bocas de los buenos juicios, y que no se acaba con la edad, ni con el tiempo se gasta; antes con los años crece, y la vejez la renueva, y el tiempo la esfuerza, y la eternidad se espeja en ella, y la envía más viva siempre, y más fresca por mil vueltas de siglos. Porque á la buena mujer su familia la reverencia, y sus hijos la aman, y su marido la adora, y los vecinos la bendicen, y los presentes, y los venideros la alaban y ensalzan. Y á la verdad si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y preciada,

es la mujer buena: y en comparación de ella el sol mismo no luce, y son oscuras las estrellas. Y no sé yo joya de valor, ni de loor, que así levante y hermosee con claridad y resplandor á los hombres, como es aquel tesoro de inmortales bienes, de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad, y regalo, de gozo, y de paz que encierra y contiene en sí una buena mujer, cuando se la da por compañera su buena dicha. Que si Eurípides (1), escritor sabio, parece que á bulto dice de todas mal, y dice, que si alguno de los pasados dijo mal de ellas, y de los presentes lo dice, ó si lo dijeron los que vinieren después. todo lo que dijeron, y dicen, y dirán, él solo lo quiere decir y dice; así que si esto dice, no lo dice en su persona, y la que lo dice tiene justa disculpa, en haber sido Medea la ocasión de que lo dijese. Mas ya que habemos llegado aquí, razón es que callen mis palabras, y que comiencen á sonar las del Espíritu santo: el cual en la doctrina de las buenas mujeres, que pone en los Proverbios, y yo ofrezco agora aquí á Vmd. comiienza de estos mismos loores, en que yo agora acabo, y dice en pocas razones, lo que ninguna lengua pudiera decir en muchas: y dice de esta manera:

§. I.

Algunas advertencias del autor para entrar á tratar de la materia.

¿Quién hallará mujer de valor? raro y extremado es su precio.

Pero antes que comencemos, nos conviene presuponer, que en este capítulo el Espíritu santo, así es verdad que pinta una buena casada, declarando las obligaciones que tiene, que también dice, y significa, y como encubre debajo de esta pintura cosas mayores, y de más alto sentido, que pertenecen á toda la Iglesia. Porque se ha de entender, que la sagrada Escritura, que es habla de Dios, es como una imagen de la condición y naturaleza de Dios. Y así como la divinidad es juntamente una perfección sola, y muchas perfeccio-

(1) *In Hecuba.*

nes diversas, una en sencillez, y muchas en valor y eminencia; así la santa Escritura por unas mismas palabras dice muchas y diferentes razones; y como lo enseñan los santos, en la sencillez de una misma sentencia encierra gran preñez de sentidos. Y como en Dios todo lo que hay es bueno, así en su Escritura todos los sentidos, que puso en ella el Espíritu santo son verdaderos. Por manera que el seguir el un sentido, no es desechar el otro: ni menos el que en éstas sagradas letras entre muchos y verdaderos entendimientos que tienen, descubre uno de ellos, y le declara, no por eso ha de ser tenido por hombre que desecha los otros entendimientos. Pues digo, que en este capítulo Dios por la boca de Salomón por unas mismas palabras hace dos cosas. Lo uno, instruye y ordena las costumbres: lo otro, profetiza misterios secretos. Las costumbres que ordena, son de la casada, los misterios que profetiza, son el ingenio y las condiciones que había de poner en su Iglesia, de quien habla como en figura de una mujer de su casa. En esto postrero da luz á lo que se ha de creer, en lo primero enseña lo que se ha de obrar. Y porque aquesto solo es lo que hace agora á nuestro propósito, por eso hablaremos de ello aquí solamente, y procuraremos, cuanto nos fuere posible, sacar á luz, y poner como delante de los ojos, todo lo que hay en esta imagen de virtud, que Dios aquí pinta. Dice pues:

§. II.

Cuánto es menester para que una mujer sea perfecta, y lo que debe procurarlo ver la que es casada.

Mujer de valor quién la hallará? raro y extremado es su precio.

Propone luego al principio aquello de que ha de decir, que es la doctrina de una mujer de valor, esto es, de una perfecta casada, y lo que propone, ó por mejor decir, propone loándolo, para despertar desde luego, y encender en ellas aqueste deseo honesto y virtuoso. Y porque tuviese mayor fuerza el encarecimiento, pónelo por vía de pregunta di-